Sinnamari señaló á Dixmer una silla colocada frente á él. Sentóse el policía y sin emoción aparente, continuó :

— Antes he de comunicarle algo que usted ya sabe.

— ¿Y es?

— Que Desjardies es inocente.

— Así lo asegura su hija ; — replicó el Procurador reclinándose perezosamente sobre la mesa y descansando la enorme cabeza entre sus manos velludas. Un finò observador habría podido notar que su mirada vacilaba, y que sólo por un prodigio de energía le era posible mirar con aparente serenidad á Dixmer que osaba hablarle en su propio despacho como nadie lo hiciera hasta entonces.

— También yo lo aseguro ; — replicó el agente.

¿Qué era lo que se proponía aquel hombre ? ¿Por qué empleaba lenguaje tan audaz y poco respetuoso? ¿Qué secretos conocía? Todo esto, y aun algo más, preguntábase Sinnamari ; y como no le era posible contestarse satisfactoriamente, la duda comenzaba á atormentarle, no obstante su extraordinaria presencia de espíritu, y aun esa duda le abatió un momento. Pero se rehizo enseguida, y comenzó á interrogar con tono indolente :

— ¿Cree usted posible, querido señor Dixmer, que hayamos cometido un error judicial? No sabe usted cuánto lo sentiría.

— Pues sí, señor, — afirmó Dixmer ; — el error judicial se ha cometido.

— ¡Es posible! Y en concepto de usted, ¿quién es el culpable de tal error, mi querido Dixmer?

— ¡Usted, señor Procurador imperial!

XVIII

EN EL QUE DIXMER DESCUBRE SU JUEGO

Conocedor del carácter violento é impulsivo de Sinnamari, el polizonte esperaba que sus palabras provocarian una explosión de còlera, ó de furor formidable en el magistrado, y en evitación de lo que pudiera ocurrir tuvo buen cuidado de retroceder hasta quedar separado de su temible interlocutor por la mesa-ministro, principal ornamento del despacho. Sin embargo, y con no poca sorpresa de su parte, Dixmer hubo de confesarse que nunca había visto más tranquilo al señor Procurador. Este le preguntó con calma inaudita :

— ¿Tiene usted pruebas de lo que asegura?

Dixmer, que se creía capaz de hacerse necesario á Sinnamari *asustándole un poco*, comenzó á percatarse de que el valor le abandonaba. Era un maestro en el arte del disimulo, pero no había tenido nunca ocasión de medir sus fuerzas con un adversario de la talla del que tenía delante, y temblaba ya ante él como tiembla

el esclavo en presencia del amo que se dispone á azotarle ó á matarlo. Esto no obstante, contestó, al parecer, tranquilo.

— Sí, señor, tengo pruebas; ahí las tiene usted.

Y enseñaba al decir esto un paquete compuesto por algunos papeles plegados y atados, con apariencia de haber pasado por manos ó bolsillos no muy limpios.

Desató Sinnamari el paquete, y luego de examinar con poca atención las cartas, papeles y tarjetas que lo componían, cubierto todo ello de una letra minúscula, casi invisible, casi indescifrable, en la que reconoció su propia letra, rechazó el todo con la mano, empujándolo hacia el inspector de policía, y le dijo con calma:

— Es usted un imbécil.

Miróle Dixmer absorto, como si no comprendiese el porqué de tal epíteto. Sinnamari se encargó de explicárselo.

— Esos papeles, — dijo, — son los mismos con los que Lamblin, que era más imbécil aún que usted, pretendió sacarme dinero. ¿Pretende usted acaso hacer ahora lo mismo?

— La cosa le salió demasiado mal á Lamblin; — replicó Dixmer desconcertado. — Yo he venido aquí como amigo, señor Procurador, y lo pruebo poniendo en sus manos, de buenas á primeras, esos papeles comprometedores.

— Puede usted guardárselos; — dijo Sinnamari. — Si realmente siente usted por mí algo de admiración, esos autógrafos le resultarán inapreciables, porque prueban que yo soy un hombre excelente, amigo de mis amigos, á quienes defiendo cuando lo han menester, por interés político y por deber moral...

— Y por interés pecuniario también, señor Procurador; — interrumpió Dixmer con voz sorda.

— Oyéndole á usted me parece que oigo hablar al *pobre* Lamblin, — dijo el Procurador con feroz sonrisa. — Siga usted, amigo mío; no sabe usted cuánto me interesa.

— También le interesarán estos otros papeles, — replicó Dixmer sacando otro paquete del bolsillo de su levita.

— Esas cartas, — replicó Sinnamari, señalando el nuevo paquete al que no tocó siquiera, — deben ser las de que quiso servirse Didier, otro imbécil, para sacar dinero á Eustaquio Grimm, por el mismo motivo, claro está; porque éste hubo de recomendar al gobierno algunos amigos suyos, interesados en asuntos muy legales. Ahí tiene usted otro, — me refiero á Didier, — que también acabó mal.

— Sí; — asintió Dixmer lúgubremente; — fué asesinado, como Lamblin.

El Procurador sonrió:

— Quiere usted decir que se suicidó; no hay que confundir el suicidio con el asesinato, porque tal confusión es cosa grave...

— Se suicidó, como tantos otros que intervinieron en determinados asuntos políticos, de que no he de hablar, porque usted los conoce tan bien como yo, y porque también á mí me interesa, como á otros muchos, la tranquilidad del Estado.

— Tiene usted, señor Dixmer, una opinión muy exagerada acerca de su propia personalidad. ¿Cree usted que sus secretos merecen en realidad el miste-

rio de que quiere usted rodearles? Pues no, señor; no hay porqué guardar tal misterio. Y la prueba es que, con permiso de usted, voy á colocar estos dos paquetes de papeles que tanto me comprometen en el despacho de mi substituto, donde los dejaré bien en evidencia, con una nota concebida en estos términos. « Póngase en posesión de los adjuntos paquetes al señor Jonares, juez que instruyó la causa de Desjardies, y ordénesele interrogue al señor Dixmer, oficial divisionario de la Prefectura de Policía, para averiguar cómo han podido encontrarse en poder de dicho funcionario. »

Y mientras hablaba, Sinnamari iba escribiendo con gran calma la providencia.

Dixmer estaba aturdido, sin atreverse á creer lo que veía y oía, y preguntándose si no sufrirían grave desequilibrio las facultades mentales del Procurador. Deteniéndose en esta última hipótesis, decidió volverle á la razón.

— Si el juez me interroga acerca de ese asunto, — dijó levantándose, — declararé la verdad.

— Así lo espero.

— La verdad, que es ésta : Lamblin era amigo mío...

— Mi enhorabuena... Pero observe usted que eso que dice es grave para usted. Siendo amigo de Lamblin, hay que suponer que no andaba usted muy lejos de ser su cómplice. Claro es que ya no puedo detener á Lamblin, porque murió bien á destiempo por cierto ; pero ¿quién puede impedirme hacer que le detengan á usted ?

Dixmer palideció. Sin embargo, sin darse por vencido, continuó el duelo entablado con el Procurador.

— Creo que alguien se arrepentiría de haberme hecho detener. Tengo aún muchas cosas que decir, señor Sinnamari.

— Pues por mí que no quede ; — dijo este último. — Mi paciencia es inagotable. Siéntese pues, mi querido señor Dixmer, y dígame á mí lo que diría al señor juez Jonares si á éste le diese el capricho de interrogarle.

— Empezaría por decirle que veía á Lamblin casi diariamente...

— Entrevistas comprometedoras.

— ... En el café del Chatelet, donde cuando tenemos un momento...

— Sí ; va usted con algunos de sus colegas de la Prefectura, para gustar las delicias de la malilla.

— Eso mismo, señor Procurador. Pues bien, la antevíspera de su muerte, Lamblin, que acababa de perder á la malilla con un juego magnífico y que era muy supersticioso, entregándome bajo sobre cerrado los dos paquetes que están ahí, me dijo...

— Como si lo oyera; — interrumpió Sinnamari. — Le dijo á usted : « Mi querido Dixmer, si pasado mañana á las cinco, no me ves llegar como de costumbre para hacer nuestra partidita, será prueba de que ya no existo. »

— No fué eso precisamente lo que me dijo, pero sí algo que se le parece mucho. Me confió en efecto que corría grave peligro, que un elevado funcionario lo odiaba de muerte, que temía ser víctima de una venganza, no sólo él, sino también un amigo suyo empleado en la Asistencia pública... que si tal ocurría

me dejaba con qué vengar á él y á su amigo á quien yo no conocía... Al principio, — continuó Dixmer — creí que estaba algo tocado de la cabeza; él lo comprendió y me dejó escrito en un papel cuanto acababa de decirme de palabra.

— ¡Vea usted lo que son las cosas! — dijo Sinnamari. — Conque por escrito... De modo que usted conserva ese papelito y aun se siente orgulloso de poseerlo. Y vamos á ver: ¿Se dice en él que yo había prometido á Lamblin asesinarle?

— Más bajo, señor Procurador... podría oirnos alguien; — dijo Dixmer mirando con desconfianza en torno suyo.

— ¡Ya! Y á usted le interesa que nadie le oiga. Esas son bajas costumbres policiacas. Cuanto á mí, el papel de que me habla me tiene sin cuidado. Me figuro que será lo que puede ser la obra de un hombre que se prepara á cometer una estafa considerable. Puesto que para lograr sus fines pensaba Lamblin hacerme correr algún peligro, natural es que su fértil imaginación aumentase, hasta hacerlo llegar al asesinato, el que pensaba correr él mismo.

— Y pensaba bien, señor Procurador, — continuó el policía cuya voz cada vez más baja, adquiría trágicas entonaciones. — Dos días después de sus confidencias, Lamblin moría asesinado. Cuando al llegar á la Prefectura me enteré de que lo habían encontrado muerto en el despacho de usted, hube de confesarme que no estaba loco, como creí, cuando me aseguró dos días antes, el peligro que corría. Y he aquí que al mismo tiempo me entero de que un tal Didier, secretario del señor Eustaquio Grimm, de la Asistencia pública, había sido encontrado en su casa muerto... suicidado, según se dijo. Yo tenía entre mis manos los dos paquetes que me diera Lamblin... y comprendí...

— Comprendió usted que su amigote Lamblin era un canalla, que había querido sacarme dinero con amenazas, *como quiso sacárselo á Desjardies...* y se olvidó usted de cumplir con su deber, que era poner esos papeles en manos del juez instructor. Bueno, pues sepa usted, infeliz, sepa usted que el juez espera esas cartas, las espera porque *yo le he anunciado que las recibiría*, y se lo anuncié porque desde los comienzos del asunto Desjardies me apresuré á decirle el concepto que me merecía Lamblin por haber pretendido hacerme víctima de un chantage; ¡á mí, al procurador imperial! ¿En qué fundaba sus acusaciones? En las diligencias y recomendaciones más inocentes del mundo. Así se aclaraba el drama Desjardies. Lamblin tenía la costumbre del chantage; lo tenía en la masa de la sangre. Lo que no consiguió conmigo quiso intentarlo con Desjardies, comprendiendo sin duda que si á mi me tenían sin cuidado los papeluchos con que me amenazaba, es decir, esas dichosas cartas que yo le entregué para que las llevára á su destino y que él se guardara indebidamente, en cambio á Desjardies no podía serle indiferente el que se descubriesen los papeles que probaban sus negocios sucios en los Ferrocarriles otomanos, la custodia de los cuales estaba confiada á Lamblin... Este debió pedirle una suma enorme... conozco sus precios; cien mil francos por lo menos. Y como Desjardies no tenía un céntimo... pues asesinó á Lamblin.

Hizo una ligera pausa el Procurador y continuó enseguida, como si no quisiera dar tiempo á Dixmer para reponerse.

— ¿Comprende usted ahora, querido señor Dixmer? ¿Comprende usted que no puede decir á ninguno de nosotros nada que no sepamos ya? Vaya, hombre, levante usted esa cabeza; muéstrenos su frente de persona perspicaz, y sepa para su completa edificación que el juez instructor, al hacer el registro domiciliario en casa de Lamblin, buscó todos esos papeles que me trae usted ahí, la lista de los cuales le había yo dado antes, pues el buen Lamblin tuvo la bondad de enviármela cuando pretendía estafarme.

Dixmer estaba literalmente aterrado en presencia de tan cínica audacia, y no acertaba á pronunciar una palabra. Sinnamari, gozándose en su asombro, le preguntó:

— ¿Qué tiene usted, querido Dixmer?

Este se pasó la mano por la frente, como para hacer un llamamiento á sus ideas fugitivas. Luego dijo:

— Sí; puede que eso sea así... Pero ¿y los papeles de Didier? Relacionando los dos paquetes y los dos muertos, puede llegarse á concebir sospechas peligrosas. ¿No le parece á usted así, señor Procurador?

— El juez de instrucción, — contestó Sinnamari sin mostrarse emocionado, — recibirá con igual satisfacción ambos paquetes; porque — y esto es un detalle que olvidaba — obedeciendo á indicaciones del señor Eustaquio Grimm y á las mías propias, buscó los papeles de Didier como buscara los de Lamblin, inútilmente, porque ambos paquetes estaban en el bolsillo de usted.

— De modo que el juez sabía...

— ¿Que Lamblin y Didier eran dos malhechores asociados? ¡Pues no lo había de saber! Ya lo creo. Como que en cuanto el señor Grimm me confió á qué género de ejercicio quería someterle su empleado, recibió de mí la orden de prevenir al comisario de policía. No era cosa de dar un escándalo que hubiera trascendido al público y á la prensa. Pero ¡vea usted lo que es la desgracia, querido señor Dixmer! Asustado sin duda por lo que debió decirle el comisario, y devorado tal vez por los remordimientos, ese infeliz Didier tuvo la mala ocurrencia de ahorcarse en su casa. ¿No le parece á usted esa muerte muy natural? ¿No dice usted nada, mi querido Dixmer?

— Pues digo, — murmuró el polizonte alocado y jugándose su última carta, — digo que Didier no se suicidó; lo estranguló un individuo llamado Costarica, al cual se hizo creer, por medio de una carta anónima enviada por usted de acuerdo con el señor Grimm, que su querida...

— Le engañaba con Didier, ¿verdad? Sí; en otra carta, también anónima, se me denunciaba á ese Costarica. Se le hizo comparecer y probó plenamente la falsedad de la denuncia de que era objeto. Cuanto á su querida, una moza que se hace llamar la Muna, si no me engaño, está fuera de toda duda que no conoció jamás á Didier.

Dixmer permanecía en silencio. El procurador, tocándole en un hombro, continuó:

— Tenemos pues que ese Didier era amigo de su amigo de usted. Y es cosa de preguntar: ¿dónde diablos va usted á buscar sus amigos y los amigos de

éstos? ¿Qué clase de gente es la que usted frecuenta?

El polizonte sentíase anonadado, y á su mente acudían reflexiones poco lisonjeras. ¿Por qué tuvo empeño en hombrearse con Sinnamari? Ahora, á consecuencia de lo dicho por el Procurador, veía claro en el asunto, parecíale presenciar el drama que se desarrollara entre aquellas cuatro paredes; creía ver á Lamblin, llegando por la mañana al Palacio de Justicia donde le esperaban para la negociación definitiva del chantage el Procurador y Regine, con los papeles importantes, los únicos capaces de interesar á Sinnamari; papeles que Lamblin había sin duda conservado, esperando que se los pagarían á buen precio. ¿De qué podía hablarse en tales papeles? De dinero sin duda... ¿Quién lo pedía? ¿Sinnamari? No, éste no era tan estúpido que se comprometiese así, á la ligera... Tal vez en las cartas comprometedoras se recordaban ofertas ya medio aceptadas... Sí, con seguridad; esas cartas eran las únicas que el Procurador tenía interés en conservar para tener armas que esgrimir contra ciertos personajes que olvidan con facilidad los servicios que se les han hecho... ¿Cómo Lamblin habíase procurado aquellos papeles? Misterio. El hecho es que los tuvo en su poder y que quiso venderlos puesto que por causa de ellos había encontrado la muerte...

Todo esto aparecía con claridad meridiana en la mente de Dixmer, y con más claridad aún hubo de comprender el ningún valor de los papeles que él llevara. Tranquilo el Procurador con la posesión de los documentos que le amenazaban directamente, habíase puesto en condiciones de despreciar los que sólo podían comprometerle. ¡Qué habilidad tan grande demostraba su modo de proceder! ¡Denunciar él mismo el asunto al juez de instrucción! Y no digamos nada de la querella entablada por Grimm ante el comisario de policía contra el empleado Didier, de la Asistencia pública, antes del suicidio de éste: era una obra maestra, sencillamente.

Sinnamari contemplaba en silencio á Dixmer, quien se había levantado y paseaba nervioso, con las manos cruzadas en la espalda, los hombros encogidos y arrugado el entrecejo. Sentíase humillado, vencido, aniquilado. Pronunciaba palabras incoherentes y miraba á hurtadillas á su rival poderoso. Todo en él denotaba el estado de alma de un hombre que sostiene violenta lucha interior. De ello hubo de percatarse Sinnamari.

— De todo cuanto aquí hemos dicho, — exclamó de pronto con fingida bondad, — saco tan sólo la impresión de que ha venido usted á mí en la creencia y con la firme voluntad de prestarme un servicio...

— Exactamente; — contestó Dixmer inquieto.

— Tenía usted en su poder papeles que creyó comprometedores para mí, y me los ha traído espontáneamente; eso, en realidad es una buena acción.

— ¡Soy un amigo leal de usted, señor Procurador! — gimió Dixmer.

— Usted supo, no sé cómo, que el señor Merlin es agente de no sé qué bandido que se hace llamar el rey Misterio, y se ha apresurado á venir para ponerlo en mi conocimiento. Ese acto merece solo elogios, mi querido señor Dixmer.

— Crea usted, señor Procurador, que mi único deseo es ser á usted de alguna utilidad.

— Estoy seguro de ello. Desgraciadamente para usted, el servicio que creyó prestarme hoy es de muy escasa importancia porque esos papeles no tienen nada de comprometedores, y porque como yo soy un hombre honrado, cosa de la que usted ha tenido la torpeza de dudar, señor Dixmer, no pensé jamás en comprometer mi firma escribiendo la carta que la señora Demouzin, inconsciente como mujer honrada que es, pretendía que le diese. Sin embargo, confieso ingenuamente que sería mostrarme ingrato no tener en cuenta las buenas intenciones que le animan á usted con respecto á mi persona, mi querido señor Dixmer.

— No se burle usted de mí, señor Procurador, y considere que soy harto desgraciado.

— Y no sin motivo; — observó Sinnamari. — Pero vamos á ver; al llegar hasta mí, impulsado por tan loables sentimientos, ¿qué es lo que usted esperaba, señor agente de policía?

Es de todo punto imposible expresar el tono de supremo desdén con que fueron pronunciadas las cuatro últimas palabras.

El agente de policía movió la cabeza. Parecía cada vez más preocupado y como si se propusiese decir algo que le quemaba la lengua.

— ¿No me contesta usted? — continuó Sinnamari. — Pues lo haré yo mismo, porque conozco bien la ambición que le domina, señor Dixmer... Usted se proponía pedirme el cargo que ocupa el señor Dax; la plaza de jefe de seguridad. ¿Acierto?

— Es un puesto que he merecido, — dijo Dixmer modestamente, — por más de que ya no me atrevo á esperar que se me conceda.

— ¿Y cómo se ha hecho usted acreedor á él? ¿Dejando escapar la noche pasada á Desjardies?

— No; — replicó el polizonte; — pero advirtiendo á usted que se escaparía. ¿Es ó no cierto que le previne?

— Sí, es cierto, pero como mérito, me parece poca cosa.

— Pues yo creo que es mucho. Usted no puede imaginarse lo que significa conocer uno de los secretos del rey de las Catacumbas.

— Si usted no conoce de ese rey más que los secretos, yo le aventajo, porque le conozco personalmente. He tenido el gusto de cenar con él esta noche pasada.

— Señor Procurador, — dijo Dixmer con voz sorda, — antes que usted le he conocido yo.

Clavó en él Sinnamari su mirada de águila, y enseguida, sin vacilar, le dijo imperiosamente.

— ¡Vamos, Dixmer, ha llegado el momento; *traicione usted!*

Al oir esta orden, al escuchar una palabra que respondía exactamente á las ideas que agitábanse en su cerebro desde un momento antes, Dixmer quedó como aturdido. Pensaba efectivamente en traicionar; estaba decidido á hacerlo no obstante los peligros que debería arrostrar, y quizás á causa de esos peligros, porque no se le ocultaba á él que, fracasada su tentativa de intimidar á Sinnamari, no le era posible esperar misericordia de éste, á menos de no entregarle al rey

de las Catacumbas. Además — la verdad ante todo — comenzaba á experimentar una real simpatía por aquel formidable bandido que se había burlado de él, Dixmer, como de un niño. Encontraba al Procurador admirable, y parecíale acertado escoger á éste, que ejercía su poder á la faz del mundo y en cuya mano estaba darlo todo, dejando en cambio á aquél, que lo prometía todo en la sombra y á quien resultaba peligroso servir. Un momento hubo en que creyó que podría servirse de ambos poderes en provecho propio, pero á la sazón veía bien claro que le era forzoso encoger un amo entre aquellos dos hombres, y tomada mentalmente su decisión, adelantóse hacia Sinnamari.

— Soy de usted en cuerpo y alma, — le dijo. — Usted lo puede todo; bien puede prometerme que seré jefe de Seguridad. Hágalo, y le entregaré la asociación oculta más poderosa que ha existido nunca; una asociación que, óigalo usted bien, da órdenes á la sociedad y amenaza al Estado.

— ¿Se refiere usted acaso á R. C y á sus secuaces?

Una vez más miró Dixmer hacia los despachos vacíos cuyas puertas seguían abiertas de par en par; luego á la derecha y á la izquierda. Y tranquilo sin duda por la soledad que parecía rodearles, dijo en voz tan baja que resultaba apenas perceptible:

— Sí, señor; de la asociación del rey de las catacumbas; de la A. C. S. como ellos dicen; *Asociación contra la sociedad.*

— ¿La conoce usted bien? — preguntó Sinnamari.

Y Dixmer, casi imperceptiblemente, dijo:

— *Formo parte de ella.*

— Lo sospechaba; — replicó el procurador sin denotar sorpresa.

— ¿Promete usted? Piense que seré suyo en absoluto... Tendrá usted en mí un servidor que le admira y que le quiere; un esclavo que ha aprendido hoy á conocerle y á temerle... Un hombre como usted, ha de tener por fuerza, y muchas veces, necesidad de un hombre como yo... ¿Promete usted?

Hubiérase dicho que Dixmer amenazaba y suplicaba á la vez. Tenía la evidencia de que jugaba su última carta. El sudor corría por su frente.

En aquel momento oyóse rumor de pasos en el vestíbulo. Cipriano apareció en la más apartada de las habitaciones, adelantándose hacia donde se hallaba el Procurador.

— El señor prefecto de policía — dijo al llegar — desea hablar al señor Procurador imperial.

— ¡Que pase! — ordenó Sinnamari.

Y volviéndose hacia Dixmer que esperaba una respuesta:

— Señor Dixmer, — anadió, — sepa usted, pues por lo visto lo ignora, — que el Procurador imperial no necesita de nadie; y sobre todo, oiga usted bien esto: que no pacta con nadie. Que esté usted por mí ó contra mí, es cosa que sólo á usted importa y que no interesa más que á usted. He aquí al prefecto de policía que viene hacia nosotros; va usted á decirnos enseguida todo cuanto sepa acerca del rey Misterio, y á indicarnos de qué modo podremos apoderarnos de él, que es lo que interesa por el momento. Luego... el prefecto de policía y yo decidiremos lo que se ha de hacer con usted; ó bien será usted jefe de Segu-

ridad, y cuando yo doy una palabra la cumplo, ó irá usted á la cárcel por tentativa de estafa á un magistrado, á menos que... á menos que no llegue el caso de que no me sea posible dar un céntimo por su pellejo.

Dicho esto, Sinnamari estrechó la mano del prefecto de Policía que acababa de entrar en el despacho, y que parecía, á juzgar por su semblante descompuesto, un condenado á muerte, por el estilo del que acababa de dejar escapar poco tiempo antes.

XIX

EL AFICIONADO Á LOS LOROS

La mañana del día en que se desarrollaban estos acontecimientos tan importantes y de tanto interés para nuestro relato, y como á cosa de las diez y media de la misma, un hombre en quien á causa de su hermosa barba rubia recortada en abanico reconocíase enseguida á Filiberto Wat, remontaba la larga avenida de los Campos Elíseos.

Los que le conocían, — ¿ y quién no conocía en París al todopoderoso hombre de negocios, al más elegante de los financieros, yerno además del presidente del Consejo? — los que le conocían, repetimos, podían extrañarse de verlo tan de mañana, atravesando á pie, él que siempre ocupaba lujosos carruajes, una vía espaciosa, con un frío más que regular.

Aquella mañana Filiberto parecía muy preocupado, y es de suponer que había emprendido aquella caminata, tras una hora de duchas y de fricciones para anular el cansancio de una noche pasada en vela,